

X

Vida de Museo

Pasados algunos días en Florencia, sentimos un poco de alivio en nuestro mal admirativo: entramos en una reacción de calma, y con permiso de algunas autoridades en el manejo de la administración del arte, empezamos á copiar en el museo.

A las diez de la mañana, hora en que se abría la galería de los *uffizi* subíamos su majestuosa escalera y pasando con gran soltura el torniquete, nos hallábamos rodeados de cuadros, de estatuas y de dibujos. Antes de empezar nuestra tarea, nos paseábamos un rato por las salas que olían á casa noble, á barniz de obra maestra, á óleo antiguo y á como incienso de retablo; mirábamos en las paredes los cuadros, contradiciéndose mutuamente dentro de la general armonía, y nos íbamos, delante del que copiábamos, á formar parte de la innumerable familia de los sesudos copistas.

Estos iban llegando poco á poco, con sus cajas, con sus telas cuadriculadas, con sus chirimbolos de matar; íbanse acomodando silenciosos en las sillas que tenían destinadas; el museo iba llenándose, empezaban á esgrimirse los pinceles, á sentirse los cuadros molestados por tanta mirada inoportuna, y pronto aquellas augustas salas parecían un colegio de párvulos de mayor edad y cuantía, un claustro laico, una casa de locos mansos, un convento de re-

ligiosos de la orden admirativa, labrando copias y desfigurando obras maestras, con una fe, sino digna de ganar la pobre gloria de la tierra, en espera de aquella otra definitiva.

Porque los tipos que van allí son dignos de estudio, por lo variados y curiosos; son copistas que merecen tener sus ideas, gente única en la variada especie humana. Allí va el copista de profesión, pintando siempre su Rafael, con constancia digna de ejemplo á las mujeres coquetas, el mismo Rafael que le hizo admirar su ama de cría; ay! en los tiempos venturosos de la infancia, y pintándolo siempre con los pinceles de siempre, y con idénticas mezclas de colores preparados de antemano. Terminado su concienzudo trabajo, una muestra más de su género, lo deja en el caballete algunos días, haciendo como si le faltara algún detalle para esperar el comprador, aquel Mesías poderoso, que se hace esperar más en prosa que la ansiada cita amorosa de que se duele Espronceda en verso; aquel viajero ilustre que, como el *mal cazador* de la leyenda, todos los han visto menos los que están presentes; aquel Médicis, Nabab solemne é invencible que cuenta la tradición que alguna vez compra algún cuadro, por más que haya incrédulos que lo pongan en cuarentena, herido de esa duda y pesimismo, que creo nos viene del Norte, y que es enfermedad moderna, según nos cuentan los sabios que entienden de esos males. Allí, copia la inglesa enfermiza, rubia como el cáñamo maduro, la eterna viajera emigrante de su isla, como nosotros de la nuestra, paseando su tosecita por todo el globo terráqueo y sus colonias, y detenida allí delante de algún cuadro, para pintar algún cua-

drito á la acuarela. Rodeada de cajitas, de lacas, de pincelitos de marta, finos como pelos de manguito, de ingredientes como farmacia pictórica, se come más color que plum-pudding, pinta por capas aun en pleno verano, deja el blanco del papel con puritanismo de escuela, y cuenta los pelos de las pestañas y los hilos de la tela, y los copia uno por uno con santa paciencia anglo-benedictina. Allí forma también el grave y morrocotudo profesor, el *homo-serius* de Linneo, mirando mucho y no haciendo casi nada, saludado de los conserjes, que admiran también todo ser que calza título y gasta empleo, más que pintado *interpretando* á los clásicos, para sustituirles más tarde y formar en las filas del museo como amigo; están también los pensionados, gente alegre y bulliciosa, chicos disgustados de no poder fumar en las salas, despeinados á lo artista, llenos de manchas de color y despachando la copia á toda prisa, para mandarla á su querido ayuntamiento, que la espera en corporación para ponerle el vistobueno á sus estudios y darle patente para andar suelto por la tierra; está el artista pobre, el pobre diablo que cuenta con el amparo de las obras maestras de otros tiempos, para que le presten su sombra bondadosa, un débil rayo de inspiración para dar de comer á su familia, un poco del gran talento que tuvieron para no morir de hambre; tipo triste de copista haciendo dibujos de ilustraciones, interpretando obras maestras en medallones, sortijas y miniaturas, pájaro enfermo recogiendo las migajas de pan de los genios y trabajando como obrero laborioso. Allí está por fin el simbolista copiando á Botticelli; el místico copiando á los primitivos; el

concienzudo á Holbein ó á Clouet; el francés á Wateau y á Poussin; el clásico á Rafael; y todos juntos, aquí y allí, por las salas, como colmena de abejas chupando de aquellas flores.

Allí llegamos también y subimos á dos púlpitos que nos prestan; dos púlpitos que nos acercan al cuadro y elevan nuestra copia á una altura jamás soñada por nuestra pobrísimas fuerzas, y que nos hacen dominar desde lo alto un espectáculo solemne y por demás grandioso. A un lado un Guirlandajo completísimo; al opuesto el nacimiento de Venus, en el fondo Carracci, Gózzoli y otros dorados retablos; y á los pies mismos del púlpito, otra inglesa de las flacas, vista de escorzo en perspectiva, acurrucada, con sus múltiples y variados pinceles y cajitas de colores, no mirando nunca el cuadro, jamás levantado los ojos, durmiéndose muchas veces con la santa inocencia de *qui mal no fa, mal no pensa*, y pintando como quien hace calceta.

Copiar á los maestros es cosa ya capaz de marear al más pintado en pintura, de aturdirse buscando procedimientos ajenos; pero copiarlos desde aquellos catafalcos, desde aquellos altísimos armatostes, requiere el desprecio de dos vértigos; el de abajo y el de arriba, el del mísero suelo de los hombres y el del glorioso cuadro molestado con la copia; requiere ligereza de piernas para subirse al patíbulo aquel de maderaje y gimnasia de pensamiento, para seguir el lenguaje noble y severo, de las telas; poco amor á la existencia ni á sus encantos, y disciplina para no dejarse llevar á otros senderos que los que marcan las líneas escri-

tas en colores, mitigados por el tiempo ; y sobre todo, serenidad á toda prueba, gran serenidad, á fin de no dejar entrar la vanidad en el alma que nada la instiga tanto, según vemos cada día, como encontrarse en lo alto de un púlpito cualquiera, aunque aquel sea con ruedas como el nuestro y fácil de venirse abajo como tantos que parecen más seguros.

Colocados con Zuloaga frente á frente, en aquellas altísimas regiones, el púlpito nos hacía discursar quieras que no, y teníamos diálogos entre pintura y pintura que despertaban muchas veces á la inglesa de su sueño beatífico. — ¿ Has visto, me decía mi amigo, agarrándose á la madera, como lograban esos hombres la grandiosidad dentro de su nimiedad de factura, al revés de los pintores españoles, que pintan gordo y hacen flaco ? ¿ Has visto que despreocupación más grande en el modo de escoger lo que hoy llamamos asunto, de colocar las figuras en el medio que se les antojaba artístico, de vestirlas con trajes de cualquier época, sin andarse en sabias indumentarias, de ponerlas en el fondo que juzgaban armonioso, sin darles carácter de época, que luego han adquirido andando el tiempo ? — Sí; lo he visto, respondíale, y aun creo que si hoy estos hombres expusieran sus cuadros sin la firma, les veríamos combatidos por el sufragio de los mansos, que hoy los pondera para no ponerse en ridículo. — ¿ Te has fijado, volvía á repetirme Zuloaga, en el modo mate con que pintaban y el horror que sentían por los colores chillones ? ¿ en la prudencia con que empleaban las tintas ? ¿ en el modo opaco de ser coloristas ? Mira

ese Boticelli y fíjate bien, aunque sé que estás convencido. Mira esas flores ; no hay ni un color entero en ellas, no hay ni una que no sea una hermosa media tinta, no hay ni un tono vigoroso que no tenga complementario al lado, ni un tono que se adelante, ni que se *salga del cuadro* como dicen muchos críticos, ni *vigor de pincelada*, ni *espontaneidad*, ni otros clichés, ni ocho cuartos. Su objeto es el conjunto, y observa como lo buscan en la armonía, no engañando jamás con gritos y con gestos de colores. Eso es ir al grano ; viva el árbol de Guernica ! (decía apoyándose con las piernas). Eso es pintura de cámara y no pintura de espectáculo teatral ; eso es pintar carne artística y no *trompe l'œil* ni *nature morte*, para engañar á las mansas multitudes. Si yo fuera rey, después de ver estos cuadros, hacía cerrar las tiendas á los pintores. — Cálmate, por Dios-le decía temiendo un final desastroso, cálmate Zuloaga, que ese púlpito no es muy seguro ; copiemos y dejémonos de discursos.

Calmábase y volvíamos á pintar, siempre allí arriba y ante la inglesa durmiéndose. Por la sala iban pasando visitantes, pasaban, buscando nombres, con el libro compañero, y mirando firmas como en casa de un notario, entusiasmábanse, poco ó mucho, según el guía lo ordena ó lo suplica, echando un coro de exclamaciones dirigidas por el pastor del rebaño ; pasaban á veces norteamericanos sueltos, apuntados en su librito de falta de memorias sus entusiasmos numerados ; pasaba algún viejo artista silencioso, pasaban atortoladas parejas haciendo su viaje de luna de miel en Italia, yendo

á todas partes sin verse más que á sí mismõs, mirando y pichoneando en cada sala y faltando al respeto á Rafael, á Leonardo, y al mismo Beato Angélico.

A veces pasamos largos ratos sin decir una palabra, trabajando con furor, absortos y creyéndonos en el desierto, ensimismados con los cuadros y tratando de penetrar en el vago pensamiento del artista ; á veces sentimos la tristeza que desprenden las obras que llevan algo del alma, detrás de la dorada pátina; sentimos á veces desalientos y dejamos caer los pinceles y nos quedamos largo rato sin cogerlos, ridículos y tristes en lo alto del andamio, soñamos á veces y pensamos que la inglesa sueña también, cuando creemos que duerme, y heridos de mal humor, bajamos, yéndonos á recorrer aquellas salas para hallar nuevos alientos.

Unas veces recorremos las galerías, mirando solamente el conjunto, echando una ojeada sobre aquel ejército de telas formando en fila como un batallón de paz : marcos dorados, perdiéndose en perspectiva, alternados con estatuas amarillentas, estufas de vez en cuando é hileras de caballetes, y entre aquel bullicio mudo buscamos á los pintores amigos de nuestro espíritu, para enviarles un saludo y un recuerdo. Otras veces, vamos á un salón pequeñito para ver la célebre « Calumnia » de Boticelli, calumnia que calumnia una copista, la cual, según dicen malas lenguas, es una princesa húngara y la enseñan como curiosidad de la casa. Pesará, echando por lo bajo, por no regatear el peso, de tres á cuatrocientos kilogramos ; es un bulto colosal, gorda por lo ancho, espesa, inmensa

como la cúpula del Duomo. Debe sentarse en dos sillas, está echando á perder los ascensores y da inquietudes á los guardas del museo de que el techo no resista á sostenerla por más tiempo ; y á pesar de ser tan carnal esa señora, está copiando el más ideal de los cuadros, viendo llegar tras del otoño el invierno y el verano después de la primavera. Cuando pinta, que es cada día, parece una fierá enjaulada ; no hay quien se acerque á copiar donde ella pinta ; los cuadros que la rodean están en estado de sitio, así es que miramos aquel Boticelli, temerosos ; moderamos entusiasmos temiendo una mordedura de aquel horrible paquidermo y nos estamos menos tiempo del que nos piden los ojos. Ahí mismo admiramos un Watteau, de lo más delicado y armonioso que ha brotado de las delicadas y armoniosas creaciones de este artista ; allí cerca vemos las dos Venus del Ticiano, una de ellas retrato, según dicen, de la Duquesa de Urbino, mujer espléndida, pintada espléndidamente, en plena exuberancia del gran maestro ; la Venus de Lorenzo di Credi, academia gris rosado sobre fondo negruzco, mezcla de dibujo decadente con dibujo clásico y sobrio ; la Eva de Luca Cranac, desnudo místico de retablo, dibujado con ingenuidad pasmosa, y otros desnudos más serenos y vestidos de la castidad del arte, que nos enseñan, con qué amor y ciencia estudiaban la forma de la mujer esos grandes pintores de otros tiempos ; más allá, una sala entera de Boticelli, como camarín de oro ; aún más allá, la escuela toscana, la escuela holandesa, la escuela alemana y la flamenca y otras más ; luego la Sala de Lorenzo Mónaco, la sala del Verrocchio,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1965

y la galería Ferroni, llenas de amigos también, y volviendo al salón de las tablas primitivas, Martini, Lippo, Memmi, Strozzi, Giottino, Veelli, Giovanni da Milano, Pesello y otros muchísimos de las escuelas bizantina, florentina, vienesa y toscana, y nos volvemos al cuadro, más mareados que antes.

Otras veces, bajamos de la tribuna y entramos en el salón de las inscripciones. Allí, entre lápidas romanas de interés para el arqueólogo castizo, se hallan algunos bustos de emperadores romanos. Rodeando la sala, serios y cavilosos, parecen contemplar á los visitantes con desprecio, con aire altivo y severo, orgullosos de lo que fueron y envanecidos de sentir conservada su memoria por la dureza del mármol. Vemos también estatuas cuyo nombre basta citar para tener presente su silueta: « la Venus de Médicis » hermana de la « de Milo », « Los luchadores romanos », « El Apolino », « El Fausto », los bustos de Séneca, de Augusto, de Antonio y de Cicerón; el gran caballo de Roma, tumbas por doquier, y por doquiera bajo-relieves y sarcófagos y altares de sacrificio; vemos la sala de arqueología, la sala Niobe, las salas de los dibujos, de las ideas matrices, de la primera concepción apuntada en un trozo de papel antes de ser parida la obra, de la inspiración que pasa como un sueño y la persigue el artista, siguiéndola al través del pensamiento y esbozándola, en su fiebre, con lápiz, con carbón, con tinta, con cualquier materia que sirva para detener la rápida visión huyendo; vemos los camafeos romanos como piedras de mar labradas por sirenas, los medallones florentinos, grandezas en miniatura, los vidrios románicos y

bizantinos, los esmaltes translúcidos, las joyas de cristal de roca, los primores de Benvenuto Cellini, y, en una pequeña sala, el busto del Dante modelado de sí propio, la mascarilla que conserva la forma de aquellos ojos cerrados sobre las arqueadas cejas, la nariz característica del Dante, el labio estrecho, los pómulos angulosos y aquella frente, aquella sublime frente, que llevó dentro de sus huesos el noble peso de la Divina Comedia.

Por fin, otros días, el descanso de la copia consiste en atravesar un corredor interminable, que va del palacio Pitti á la galería Uffizi, corredor que cruzamos, viendo, al pasar, las aguas-fuertes y los cuadros de autores desconocidos. Al cabo de él encontramos las mismas firmas y otras nuevas, y otras en lista que se haría interminable, más cuadros aún y más estatuas que, tomadas de un solo trago, son capaces de marear cabezas mucho más firmes que las nuestras, de darle el mal de obra maestra al más pintado, de hacer desear defectos, cansados de perfecciones y que nos vuelven al púlpito de la copia, molidos de pensamientos y débiles de entendimiento.

Tan débiles y tan seriamente atropellados que, un día que había salido solo á esas visitas pictóricas, al volver á nuestra sala, oí un ruido espantoso y formidable, que adivinará cualquiera. Era Zuloaga que, en un momento de éxtasis, se cayó de su alto andamio. Corrieron los guardas y yo con ellos, y vimos todos juntos á nuestro atribulado amigo debatiéndose boca abajo con el tremendo armatoste. El cuadro habíase pegado en las espaldas de la inglesa, que gritaba como una águila real y también

se revolcaba por el suelo. Zuloaga nombraba el árbol de Guernica, y aquello era un campo sembrado de pincelitos de marta, de tubitos, de lacas inglesas extrafinas, de acuarelas relamidas, todo tan revuelto delante de un santo del Guirlandajo que el buen santo parecía sonreírse de aquel terrible siniestro.

 XI

El monte de los cipreses

Desde aquella caída y atropello de la inglesa, Zuloaga se nos había puesto triste.

Apenas probaba bocado, hablaba poco y en tono lastimero, quejándose amargamente de las miserias humanas y terrenas, nombraba suspirando el árbol viejo de Guernica, fumaba mucho, apenas sacaba el Greco á relucir y no quería entrar en el museo por no ver aquel campo de la pasada batalla.

Bien procuraba distraerle, diciendo que la inglesa podía estar contenta de no tener otras caídas que aquella; que el mundo es una cosa frágil de sí; que otros han caído de pulpitos mucho más altos y han caído moralmente; y que ya que su cuerpo no había recibido quebraduras de huesos ni magulladuras de músculos, que levantara su espíritu, que cuasi era un bien para el arte el echar á perder una acuarela.

No, señor. No había medio de restablecerle en su

antiguo estado *psíquico*. Se paseaba por las orillas del Arno, meditaba, volvía á pasearse y á meditar de nuevo. En cuanto veía á un inglés se ponía nervioso, lo que quiere decir que lo estaba todo el día; hasta que, en uno más claro que los demás y más brillante, acordamos ambos salir al campo, ver paisaje, probar tierras nuevas y nuevos puntos de vista para tratar de acabar con tanta murria y con tanta convalecencia.

Fuimos á Fiésole. Fuimos al país de Mino y Fray Angélico; á la antigua ciudad etrusca, á la montaña que veíamos detrás de las torres de Florencia y que, con su sobria y severa vegetación, nos prometía gran cosecha de emociones; fuimos al monte querido del Dante, al cerro de los poetas florentinos, al Olimpo del renacimiento italiano, á la tierra en que cada árbol tiene su historia, y sus recuerdos cada piedra, y nos es imposible describir el entusiasmo con que fuimos.

Respirar el aire de la sierra, cuando se siente la fatiga feliz de ver obras maestras; respirar Naturaleza, cuando llega el mareo de las obras de los hombres, es cosa que el corazón agradece; pero si ese aire que se respira viene, además, impregnado de nobleza del paisaje, de aroma histórico recogido con el roce, entonces la vida entera se concentra en los pulmones para sentirlo de cerca y deleitarse. ¡ Con qué alegría trepamos por la montaña! ¡ Con qué voluptuosa sensación sentimos que el sol nos bañaba con su dulce calor de naciente primavera! ¡ Con qué avidez abrimos las puertas á los sentidos, á fin de que ni un rayo de luz, ni un sonido, ni un aroma, escapara á nuestros oídos, á nuestra vista, á nuestro